

La Base Cristiana
de la
Preocupación Social
de los Amigos

Por Domingo Ricart
De la Junta Mensual
de los Amigos de
Boulder Colorado.

La Base Cristiana de la Preocupación Social de los Amigos

**Por Domingo Ricart
De la Junta Mensual
de los Amigos de
Boulder Colorado.**

Gracias al plan de visitas que arregló la Sección de las Américas del Comité Mundial de Consulta de los Amigos, fue posible que visitase a Domingo Ricart en su casa en Boulder, Colorado, en marzo de 1986. Pasamos un estupendo día, lleno del sol y también de recuerdos para Domingo, que hacía memoria de Margarita, su mujer y el amor de ambos por su hija y ahora por sus nietos. Se preparaba ya para irse a la casa de retiro que había seleccionado para pasar sus últimos años y sabedor de que pronto había de mudarse, buscaba compradores para la casa que había de dejar y que lo albergara por tantos años en Boulder.

Mi visita con Domingo tenía como principal propósito participarle del programa de publicaciones que ya había aprobado la Junta Mensual de México, más tarde le enviaríamos, en el mes de julio, los tres primeros trabajos de la Colección Heberto Sein. Le llenó de felicidad el saber que la obra y el interés de Heberto Sein, que también eran de él, podían continuarse.

La producción de literatura cuáquera en español, fue preocupación constante de Domingo, así como lo fue el tender puentes de comprensión y de apoyo entre los Amigos de los Estados Unidos y los de habla hispana, entre los que incluía no sólo a los que viven en los estados fronterizos entre México y los Estados Unidos, sino también a todos los que viven en América Latina.

En esta visita, Domingo me recordó que nunca se había publicado el trabajo que había presentado a la Reunión General de los Amigos en México en el año de 1982 en la Casa de los Amigos. Lo prometí que investigaría qué había pasado y le prometí también que lo someteríamos a la consideración del Comité Editorial para su publicación. Resultó que Emma Martínez de Moreno tenía el original que me entregó en el mes de agosto, y puede revisar con mucho cuidado; encontré que el documento, en mi opinión, necesitaría algunos cambios menores en el texto y sobre todo, me parecía que podría cambiarse el título al trabajo para su publicación. Le escribí el primero de septiembre extensa carta en la que solicitaba a Domingo la autorización formal para la publicación de su trabajo y la inclusión de las notas aclaratorias que me parecían pertinentes.

No tuve mayor noticia del asunto hasta febrero del año de 1987, en que June y Martin Cobin, de la Junta Mensual de Boulder, estuvieron en México y me hicieron favor de inquirir a su regreso sobre el asunto, de modo que para mediados de febrero me escribieron diciéndome que Domingo ahora vivía en la casa de retiro y que había contestado mi carta desde el mes de diciembre y me había enviado esta respuesta con una persona que no me la entregó, por no encontrarme, pero que recién ahora me la enviaba. Conservo esta carta por las razones de la formalidad de su autorización y más por el significado afectivo que tiene hoy para mí: escrita a mano, en líneas disparejas y con evidente dificultad, por la artritis que padecía, se había tomado el trabajo de mostrar su gusto porque pronto se publicaría el extraviado escrito.

Pronto le agradecí su respuesta y le expliqué el por qué de mi aparente tardanza y le anunciaba que quizás en algunos meses saldría ya publicado.

La visita de Alex Morisey, de la Sección de las Américas, a la ciudad de México, me trajo la triste noticia de que el 21 de abril, hacía unos pocos días, Domingo había muerto; al día siguiente, al llegar a la Casa de los Amigos para la reunión de silencio el domingo por la mañana, me encontré una carta de los Cobin en la que participaban de la muerte de Domingo y en la que Martín incluía un soneto que daba cuenta de la tristeza que el hecho le produjera:

April 21, 1987

Today Domingo died a day of Spring
time beauty. Snow remains upon the hills
and in the mountain crevices. Birds sing
from budding boughs: their music almost fills
my ear and heart. The sky is blue and clear.
The grass is green. The waterfalls cascade
in playful leaps to reach the pond. I hear
the murmur of water that has made
its constant contribution to the sound
and sense of peace this special April day
when even winds are still. All's calm around
me now. I want to bend my head and pray.
Domingo, thank you for the gift you send
the memory of a kind and gentle friend.

Martin Cobin.

Hoy murió Domingo, en un día de belleza primaveral. Aún hay nieve en las colinas y en las grietas de las montañas. Las aves cantan entre los retoños de las ramas y su música casi llena oído y corazón. De azul el cielo, claro y verde del pasto. La cascada en juguetones saltos alcanza el fondo y oigo el rumor del agua que ha hecho su constante contribución al sonido y sensación de paz en este especial día de abril en que los vientos se aquietan. Todo en mi entorno es calma ahora.

Quiero bajar la cabeza y orar:
Domingo, gracias por el regalo
que nos dejas de la memoria de un
amigo amable y gentil.

Cegados quedaron los días y los esfuerzos por hacer conciencia entre los Amigos Americanos de la existencia de Amigos en diversos países del continente y en los propios Estados Unidos, con una tradición cultural distinta de la anglosajona y sin embargo, con una comunidad de intereses y propósitos dados por el compartir una misma fe. Su *Antología Espiritual*, sus escritos sobre *Los Amigos* y *La Luz Interior y sus experiencias*, constituyen también un legado.

Jorge Hernández

México, D.F., Diciembre de 1987.

Esta es la tercera vez que me cabe la satisfacción de asistir a la Reunión General de los Amigos en México. Asistí la primera, inolvidable, y a la tercera, con Anna Brinton, tan querida y admirada por los que hemos tenido la fortuna de tratarla.

Mis repetidos y muy distintos contactos con Amigos que compartimos la misma lengua, y fundamentalmente, la misma cultura y base religiosa, han ejercido una profunda influencia en mi alma. Es difícil expresarlo. Han creado vínculos de amistad y fraternidad que me han inspirado, y despertado en mí sentimientos de humildad y gratitud por lo que me han enseñado. He aprendido mucho de todos. Y me han movido a sentirme moralmente obligado a dedicar mis energías —que ya declinan— y mi capacidad, siempre muy limitada, a ayudar a los Amigos de habla hispana en este continente y en España. Por eso considero una bendición especial que la Sección de las Américas del Comité Mundial Consultivo de los Amigos me haya escogido a propuesta de Uds. —como su representante para esta Reunión General.

Recibí con particular satisfacción el enunciado del tema central de la presente Reunión General, y los temas de estudio preparatorio para los grupos, porque encajan perfectamente en la línea de mis preocupaciones actuales. Escogí el tema concreto de hoy más general por dos razones: la primera porque no me sentía calificado para referirme concretamente a la situación mexicana y la segunda porque considero que sería presuntuoso de parte mía proponer soluciones específicas a los Amigos mexicanos.

Por otro lado considero de suma importancia volver una y otra vez a las fuentes y llegar a las raíces. En consecuencia no pienso, ni el tiempo lo permitiría, ir más allá del siglo XVIII, después de John Woolman. Lo que sigue representa el desarrollo lógico y su adaptación a las condiciones históricas y sociales de los tiempos modernos. Es evidente que desde el siglo pasado los Amigos han tenido una conciencia creciente de la urgencia de su preocupación social, de su obligación de comprometerse y han estado dispuestos a estudiar y practicar métodos no violentos en la solución de toda clase de conflictos.

En mi caso, afortunadamente, me fué posible pasar de la acción a la convicción, aunque sea deseable que sea a la inversa. Mi contacto inicial con los Amigos (que duró 34 meses), fue participando en la Obra de Socorro emprendida por los Amigos ingleses (FSC) escasamente a los dos meses de estallar la Guerra Civil española (1936-39). Sería una historia muy larga de contar, y que no hace al caso ahora.

Sólo diré que, después de algún tiempo de trabajar, y convivir en

nuestra casa con la “Unidad de Ayuda a las Mujeres y Niños de España” de la Sociedad de los Amigos, me dí cuenta de que antes de la reunión acostumbrada de los lunes, para planear (en lo posible) las actividades de la semana, los Amigos de la Delegación se encerraban en una habitación y guardaban *silencio* por más de media hora. Intrigado, pregunté a Alfred Jacob, jefe de la Misión, qué hacían allí— Me explicó cómo era su costumbre reunirse en *adoración silenciosa* para pedir la luz divina que tenía de guiar su acción. Naturalmente me invitó a participar, si me sentía inclinado a hacerlo. Y así, en plena guerra, aprendí lo que era el culto de los Amigos en silencio. Muy pronto me dí cuenta de que necesitaba aquellas reuniones para poder seguir, sin desfallecer, una actividad intensa con problemas, al parecer insolubles y que agotaba, y vaciaba a uno constantemente. Era necesario poder recargar la batería espiritual.

Entonces comprendí también por qué unos extranjeros, que nada tenían que ver con nuestros problemas, eran capaces de dejar su patria (segura y en paz, entonces), su hogar y su trabajo, para ayudar a unos desconocidos. Comprendí asimismo que sólo podría explicarlo una profunda experiencia religiosa, quieta, sincera, no agresiva, tan distinta de aquella en la que habíamos sido criados. Algunos pocos de nuestros colaboradores también lo comprendieron.

Naturalmente conocía las *Bienaventuranzas*, que de niño había aprendido de corrida en el Catecismo. Pero eran consideradas como un ideal más bien para aquellos que querían ir más allá de lo estrictamente requerido. Un ideal difícil, por no decir imposible de alcanzar.

También nos habían enseñado las obras de *Misericordia*, no como obligación sino como consejo a los que tenían buena voluntad y disponían de tiempo y dinero. Las Hermanas de la Caridad y las Hermanitas de los Pobres, se dedicaban a practicarlas, como algunas damas ricas que organizaban tés, tómbolas y bazares para sus pobres.

En la escuela también nos habían enseñado el *Padre Nuestro*, que personalmente no habíamos llegado a apreciar, saborear ni comprender a fuerza de repetirlo maquinalmente y recitarlo a carrerilla infinitud de veces en aquellos *rosarios* interminables.

Fue ministrando las necesidades corporales de las víctimas inocentes de la guerra fratricida (especialmente a los niños y las madres) que conocí de cerca la magnitud de la miseria humana y la aberración de la guerra y de la violencia.

En principio ya estaba convencido de ello. Unos años antes me

había pasado todo el verano estudiando las ideas sobre la paz y la organización internacional de un humanista cristiano español del siglo XVI, Juan Luis Vives. Por él descubrí el pacifismo cristiano, y cuando llegaron los primeros cuáqueros a Barcelona, apenas dos meses después de estallar la guerra, comprendí su posición. Lógicamente, cuando la Unidad de Ayuda tuvo local propio se llamó *Hogar Luis Vives*.

Pero me faltaba haber vivido, haber palpado la intensidad de la tragedia humana que la guerra había traído.

A primeros de febrero de 1939, en la carretera hacia el norte que saliendo de Barcelona cruza los Pirineos, flanqueada de nieve aquellos días, entre millares de viejos, mujeres y niños, se nos cruzó una madre, joven, demacrada, con un dolor intenso de frío, cansancio y hambre marcados en su rostro, pero al mismo tiempo serena y determinada. Con un paquete de ropa en la cabeza, dando la mano a cada uno de sus dos hijitos, me hirió como la imagen de Jesús llevando la cruz. Fue como una revelación y una sacudida interior, profunda que nunca podré (ni quiero) olvidar. Aquella pobre y valiente mujer ¿qué pensaría?, ¿creía en Dios? Probablemente sólo en cruzar la frontera y buscar alguna seguridad en un futuro misterioso e incierto. Oficialmente era una enemiga que sus hermanos, los nacionales de la llamada *cruzada cristiana*, obligaban a abandonar su hogar para salvar por lo menos la vida.

Es frecuente y peligroso, cuando se está en medio de tantísimo sufrimiento y horror, perder la perspectiva; y ver sólo la masa, la multitud, el número. Pero afortunadamente Dios permite que algún caso individual, entre millares, nos ayude a sacudir la conciencia, abrir los ojos y verle a El.

Recordemos la descripción del juicio en Mateo (25:40): De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis (o no lo hicisteis) a uno de estos mis hermanos pequeñitos a mí lo hicisteis.

Pero basta ya de reminiscencias personales y pasemos a considerar el tema de este mensaje de hoy: "La base cristiana y cuáquera de nuestra preocupación social."

En el primer libro del Nuevo Testamento, el Evangelio de Mateo (6, 9-13) muy pronto ya encontramos la oración que enseñó Jesús a sus discípulos y que considero la clave de su *pensamiento social*.

Decimos: Padre nuestro que estás en los cielos...

Danos hoy nuestro pan cotidiano...

(El pan nuestro de cada día dánosle hoy; como nos enseñaba Catecismo)

Al orar así, en *recogimiento* (aislado, íntimo y personal; enfrentados con Dios (*El y Yo*), y *lentamente*, reconocemos la *paternidad* divina compartida por *todos* los demás (no unos pocos escogidos) y las *necesidades materiales* (simbolizadas por el *pan*, el alimento esencial en los pueblos mediterráneos) de *todos*, de nosotros y de los demás, no sólo los familiares y amigos. Así, resulta evidente que no se puede separar la *piedad* y la *oración* que es su expresión, de la *preocupación* por las *necesidades materiales*. El cristianismo es una experiencia completa: cuerpo y alma, espíritu y materia. Ser cristiano significa también estar en movimiento; no estar satisfecho de uno mismo, sino preocupado por el vecino, por el prójimo, por el mundo en que vivimos.

Al adentrarnos más en los Evangelios, nos damos cuenta de que Jesús emplea una variedad de procedimientos pedagógicos para que su pensamiento quede perfectamente claro: la *afirmación contundente*, la *motivación*, las *parábolas* clarificadoras y su *propio ejemplo*. Toda su enseñanza y metodología, debe considerarse perfectamente integrada y ser tomada en bloque. No cabe escoger lo que sea más cómodo, o más general, y pasar por alto lo que es más comprometedor y concreto. Entretenerse en el examen de la base bíblica de algunos problemas secundarios y pasar por alto por ejemplo la condenación por Jesús de la *guerra*, de toda *violencia*, y de la *injusticia* es soslayar algo fundamental.

Jesús habla con autoridad cuando es preciso, o por parábolas cuando quiere hacer más claro su pensamiento, o ilustrar en detalle un punto determinado. Nunca es vago, ni usa generalizaciones fáciles. Es siempre concreto y preciso, como cuando dice "Amarás al prójimo como a ti mismo" (Mateo, 19:19, Lucas, 10:27) que Juan reitera dos veces, sin usar la palabra *prójimo*, que aclarará en la parábola del Buen Samaritano. dice Jesús: "Este es mi *mandamiento*, que os améis los unos a los otros, como yo os he amado" (Juan 15:12) y un poco después (15:19): Esto os *mando*...

La *parábola del samaritano* tiene una fuerza particular, porque Jesús escoge como ejemplo para aclarar lo que debe entenderse por *prójimo* a un samaritano. Eran ellos despreciados y considerados como enemigos por los judíos (igual que los otros vecinos, los filisteos y los de Canaan).

Así pues, el cristianismo que es religión de *amor*, no puede hacer distinciones entre los hombres, ni dejar de tener en cuenta el *bienestar* físico al procurar el espiritual. La *salvación* comprende al hombre completo. Este ha de amar a Dios con su alma, con su corazón, con su inteligencia y voluntad y al prójimo, su hermano. La vida

nueva en Cristo implica la respuesta a *todas* las necesidades de *todos*: hombres, mujeres, niños y ancianos; lo mismo los individuos que la comunidad y la sociedad entera. Es una vida integrada, dinámica y comprensiva, sin excluir a nadie.

El texto clásico en el que Jesús expone su vida y su *método* para crear la *nueva sociedad* está en el *Sermón del Monte* (Mateo, 5). Es su *código moral* y su norma de acción más explícita. Si el cristianismo no ha logrado, en veinte siglos mejorar la sociedad, como habría podido hacerlo (aunque sin duda ha cambiado la vida de muchos individuos), es porque no se ha intentado seriamente aplicar este *código moral* que El nos legó. Se ha desvirtuado: primero presentándolo como una serie de buenos consejos que sería ideal poder seguir, pero que en realidad no son asequibles a todos. Luego, ha sido limitado con distingos casuísticos y salvedades sobre *cómo*, *cuándo* y *hasta qué* punto se puede aplicar. Se han señalado con detalle los grados de violencia y los tipos de guerra (justa o injusta, ofensiva o defensiva, total o parcial), y así se ha esquivado el sentido categórico de su mensaje, claro y explícito.

La repartición, siete veces consecutivas, del *yo os digo*, define claramente la expresión de lo que es el ordenamiento mesiánico de la sociedad y su contundencia.

El *Sermón del Monte* expresa el orden mesiánico de la *paz*, la *consumación* de la “ley” antigua, y la *formulación* de una normativa que la supera: “Pero yo os digo”... Es seguro que dejó un impacto muy fuerte en los primeros discípulos, porque está casi al principio del primer Evangelio. Y creo interesante hacer notar aquí que Juan de Valdés, erasmista y *alumbrado* español, un precursor de Jorge Fox (según Rufus Jones), cien años antes de su nacimiento, añade a su *Catecismo de Doctrina Cristiana* (1529) la primera traducción castellana no rabínica de los capítulos V, VI y VII de Mateo, por considerarlos de capital importancia en el mensaje de Jesús.

En el mismo Evangelio de Mateo, en la *parábola* del Reino de los Cielos, mencionada antes, Jesús llama *herederos* (los que tienen *derecho*, preferidos) a los que han *hecho* obras de amor: ayudando al *hambriento*, al *sediento*, al *sin hogar*, al *desnudo*, al *enfermo* y al *privado de libertad*, a los que así han demostrado su sentido de hermandad con los necesitados. Con ellos El se identifica: “en cuanto lo hicisteis a uno de estos *mis hermanos pequeñitos* (habla el Rey, en tono paternal, usando un cariñoso diminutivo) a mí lo hicisteis (Mateo, 25:40).

Tanto el *Sermón* como la *parábola* del Rey se dirigen a mover al hombre entero: —el corazón, la mente y la voluntad—, dejándose

guiar por el amor a Dios y a sus hijos.

La vida de Jesús nos ofrece naturalmente un perfecto ejemplo y modelo de aplicación práctica de lo que enseñaba. Los evangelios no dejan de subrayar que Jesús “Sentía lástima de la gente”, que por seguirle y escucharle no habían comido; sentía *piedad (misericordia)* y movido de compasión usaba su poder curativo con toda clase de personas: un *príncipe* de la Sinagoga (hija de Jairo, Marcos, 2:22), un *centurión romano* (Mateo, 8:5), que se interesa por su *siervo*; la hija de la *mujer griega* (Marcos, 7:25) y toda clase de enfermos, tullidos, paralíticos, ciegos, etc. El ejemplo más conmovedor de cómo Jesús ejercía sus poderes sobrenaturales lo hallamos en sus relaciones con Lázaro y sus hermanas: “Jesús los amaba particularmente”. Al anunciarle la enfermedad de su hermano le dice el mensajero de las hermanas “el que amas está enfermo.” Al llegar a la tumba “Jesús se *conmovió de espíritu y turbóse*” “y *lloró Jesús*” “y Jesús *conmovióse otra vez*” (Juan, 11 passim).

¡Qué contraste con el frío desprendimiento y despegó impersonal de los que ayudan o participan en servicios sociales en eficiencia, más o menos profesional, pero procuran al mismo tiempo no comprometerse personalmente!

En resumen, como dice muy bien Howard Brinton: “Afirmar o creer que el código de conducta del Evangelio (como nos lo da y lo predica Jesús) sólo puede ser aplicado en el reino celestial, fuera ya del tiempo y no de este mundo, es *inconsistente* con todo el espíritu y el contenido del Evangelio, que siempre nos enseña cómo debemos comportarnos aquí y ahora.”

En los primeros tiempos de la joven comunidad cristiana de Jerusalén, ya vemos, a grandes rasgos, lo que será la obra social en la iglesia primitiva, limitada prácticamente a satisfacer las perentorias necesidades de las pequeñas comunidades: grupos cerrados, estrechamente unidos como *hermanos*, que así se llamaban entre ellos. Lo mismo ocurrió con los primeros cuáqueros. El primer comité que se formó como instrumento de presión legal y ayuda a las familias de los Amigos encarcelados fue *La Junta para los que sufren* (*Meeting for Sufferings*)* en 1675.

* Hoy podríamos llamar a esta “junta” el Comité de Ayuda de los Amigos que sufren persecución; el Meeting for sufferings era un Comité o Comisión que estaba atento para ayudar a los Amigos que daban los testimonios de la libertad religiosa, de la igualdad, de la justicia, etc., que eran encarcelados, golpeados y sujetos a procesos judiciales; este Comité también ayudaba a las familias de estos Amigos o tomaba la responsabilidad de su cuidado mientras ellos se dedicaban al ejercicio de su ministerio. Nota del Editor.

Los primeros cristianos, con el entusiasmo de nuevos conversos, y frente a la hostilidad general que los aislaba, trataron de crear una sociedad perfecta, que hoy llamaríamos utópica. Dice el libro de los Hechos (4:32 y 34): “Y la multitud de los que habían creído *era de un corazón y un alma*. Ninguno decía ser suyo algo de lo que poseía, mas todas las cosas eran comunes...” “Que ningún necesitado había entre ellos: porque todos los que poseían heredades o casas, vendiéndolas traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los Apóstoles; y era repartido a cada uno según que había menester...”

En siglos posteriores se ha intentado muchas veces formar *comunidades* limitadas, a imitación de la que describen los Hechos. En general poco han durado, o se han transformado en organizaciones poderosas y ricas, de tipo autoritario, que muy poco se asemejan al modelo (como son las ordenes monásticas).

Las iglesias o congregaciones locales, que Pablo organizó y aconsejaba, continuaban siendo prácticamente grupos pequeños, en un mundo hostil, que tenían que esforzarse para sobrevivir y crecer.

En la creencia de que la segunda venida de Cristo era inminente, su proyección exterior se concentraba lógicamente, en su *esfuerzo por convertir*, ofreciendo la salvación, a judíos y gentiles; en *mantener un alto nivel* de conducta personal que sirviera de ejemplo y atracción para los neófitos, y en *estrechar los vínculos* entre sus conversos con un profundo sentido de hermandad en la fe y como miembros del mismo cuerpo espiritual de Cristo. Pablo inculcaba el *desprendimiento* por la limosna, con la que podía ayudarse a los miembros necesitados de su propia comunidad, o a los de otras, por ejemplo a los hermanos más necesitados de Jerusalén (I Cor. 16:12-3), “evitando que nadie nos vitupere en esta abundancia que ministramos” (II Cor. 8:20).

Probablemente la aportación más significante y permanente de los primeros cristianos a los problemas sociales de la época, fue el sentido de *la dignidad del hombre*, la convicción de que, en la comunidad cristiana como tal, tanto contaban los esclavos como los amos, los que procedían del judaísmo como los gentiles conversos, los de una nación como los de otra. Y el derecho inalienable a la libertad de conciencia personal.

Pero fuera de la Iglesia, permanecían intactas las estructuras sociales, que convenía todavía respetar. Los cristianos eran pocos, perseguidos y sin fuerza política. Sólo la violencia hubiera podido alterarlas, lo cual era impensable. Dice Pablo: “Siervos obedeced... amos haced lo que es justo... (Col. 3:22 y 4:1); pues aunque

andamos en la carne, no militamos según la carne, porque *las armas de nuestra milicia no son carnales* (II Cor. 10:3-4). Se mantenía el *status quo*, pero lentamente se producía la erosión de las barreras sociales que, por desgracia, la Iglesia no supo ver y tardó siglos en reconocer que podían desaparecer, aplicando simplemente la doctrina de Jesús.

En la cultura clásica (pagana) el ideal para el hombre era disfrutar del *ocio* (*otium*), sinónimo de *libertad*, de la posibilidad de actividades que dan *placer*, del cultivo de la *inteligencia*, del gusto de las *artes* y el goce de la vida. El trabajo no era digno ni apetecible porque era la negación de la postura ideal, era *negotium*. Pero el cristianismo representaba la dignificación del trabajo, de todo trabajo.

Pablo, en sus cartas, y con su ejemplo, exhortaba al trabajo manual: "os encargamos trabajar con nuestras manos para que los de afuera (no cristianos) respeten vuestra vida y seais autosuficientes" (I Tes. 4:10-11). "Trabajamos de noche y de día para no seros gravosos" (Tes. 2:19) y termina condenando rotundamente el parasitismo: "Que si alguno no quiere trabajar, tampoco coma" (II. Tess. 3:12).

En otro lugar traza Pablo una síntesis del *ideal cristiano*, por ende cuáquero, *de servicio*, que haremos bien en nunca olvidar: "*Amádoos los unos a los otros con caridad fraternal, ayudándoos con honra* los unos a los otros; *diligentes* sin pereza, *ardientes* en espíritu y *sirviendo* al Señor, gozosos en la esperanza, sufridos en la tribulación, *constantes en la oración* . . ." y termina el capítulo: "No seas vencido por el mal, mas vence con el bien el mal" (Romanos, 11:10 sgts).

Ahora he de pedir disculpá porque para entrar en la segunda parte de este mensaje, que es el testimonio de los primeros Amigos sobre nuestras obligaciones sociales, es preciso saltar más de diez siglos a los cuales voy a aludir brevísimamente para establecer el lazo lógico y cronológico indispensable.

En el siglo cuarto, con el triunfo de Constantino, no sólo cesa la persecución de la Iglesia cristiana, sino que ésta se convierte en *aliada y apoyo* del poder civil y se crea el estado pontificio en Italia. La Iglesia compra su libertad con el precio de su independencia. Se institucionaliza cada vez más. Tolera a veces, pero luego absorbe, las voces aisladas, o los pequeños grupos que representan una actitud disconforme o de protesta. Ante las evidentes desigualdades sociales, adopta una actitud pasiva, fatalista y resignada. La *caridad* y las obras de *misericordia* (en el sentido paternalista de beneficen-

cia y limosna), ofrecen un paliativo. La *resignación* y la *pacienza* ayudan a tolerar la pobreza, la miseria, el dolor y la injusticia -que siempre han existido, y existirán en este mundo. La *esperanza* aquí hará tolerable la falta de felicidad, la cual se logrará como recompensa en la vida futura. A este propósito es significativo recordar cómo nuestra lengua -formada del latín antes del primer milenio usa el verbo *ser*, que indica estado permanente, con el adjetivo *pobre*; se *está* sano o enfermo, alegre o triste, pero se *es* pobre o rico.

Hasta el siglo XVI la Iglesia fue la fuerza *estabilizadora* en el Mundo Occidental, en detrimento de su *libertad evangélica*, y *misión profética* (en el sentido de proclamadora de la revelación de "Hablar por Dios"). Pero desde fines del siglo anterior, con el *Renacimiento*, nuevas fuerzas *políticas* (formación de los estados modernos), *económicas* (capitalismo) *sociales* (creciente malestar de la clase oprimida), *religiosas* (brotes de rebeldía, disconformidad o enfrentamientos, Wicliffe, Huss, Savonarola), sacuden a la Iglesia oficial y las instituciones que patrocinaba.

Al fin del segundo decenio del siglo XVI (1519), con Lutero estalla lo que ha venido llamándose la Reforma. Con la consigna de volver a las *fuentes* de la tradición cristiana, aceptando la **Biblia** como única autoridad, y rechazando la autoridad del Papa, se rompe la unidad religiosa de Europa y, como consecuencia, también la política.

Pero muy pronto la pretendida *reforma* religiosa se desintegra en luchas o conflictos doctrinales, políticos, sociales e institucionales, con la secuela inevitable de odios teológicos, intolerancia, persecuciones y conflictos sangrientos, y todo en nombre de Dios.

Se crean iglesias nacionales o regionales. La gente cambia de religión con sus gobernantes ("de quien es la región, es la religión") y los habitantes, al nacer se supone que profesan tal o cual confesión. Un país, una región o una ciudad son católicos o protestantes, calvinistas, luteranos o anabaptistas. (Todavía persiste la tendencia en atribuir una religión determinada a cada país o estado, aunque tal vez menos del 20% la profesan activamente.) Y lo peor es que en nombre de la libertad del Evangelio se niega a la gente el derecho a escoger en conciencia su propia religión. También se desarrolla en otros lugares un tipo de religión *nacional* más o menos teocrática: España, Francia, Italia (con la contra-reforma), Inglaterra (reformada); o de tendencia *personalista* o caudillista; luteranismo y calvinismo, o combinada con una revolución social, en ciertos grupos anabaptistas.

El mencionar a estos últimos nos lleva a hacer notar que ya a la mitad del siglo XVI, la Europa cristiana estaba dividida en tres grandes movimientos. La Iglesia romana reaccionó, religiosa y políticamente, con lo que se ha venido llamando la Contra-reforma. El grupo de la Reforma o Protestante se polarizó entre el Luteranismo y el Calvinismo. A él luego se debe añadir la Iglesia anglicana. Otro grupo se formó inmediatamente, con los Anabaptistas, que algunos historiadores llaman los rebeldes y radicales de la Reforma. *Radicales*, porque tratan de llevar algunas de sus creencias a sus últimas y lógicas consecuencias; *rebeldes*, porque a menudo acuden a la violencia para imponerse.

Lo constituyen gran número de comunidades regionales o locales, cuyo común denominador es la *creencia* en la revelación personal que puede llamarse conversión, segundo nacimiento, seguridad de la salvación, en la aceptación de la *Biblia*, interpretada literalmente como la única fuente de la verdad, un *moralismo* personal estricto y la *conciencia* del agudo problema *social* de la época, todo ello junto a una radical desconfianza en el gobierno y las instituciones civiles que llega en mucho casos a la negación de toda autoridad -anarquismo-, el cual como ocurre a menudo en estos casos, degenera en caudillismo. Llevados por la convicción milenaria de la inminencia de la implementación del Reino de Dios en la tierra, no sienten reparos en tratar de forzar o acelerar, con la violencia, su tiempo. Casi todos estos grupos creían en el carácter casi mágico del bautismo de los adultos, como rito de iniciación. Agotados por rebeliones sangrientas y persecuciones feroces, en las cuales a veces cooperaban los dos grupos previamente mencionados, católicos y protestantes, a fines del siglo XVI abandonan la violencia y logran sobrevivir y evolucionar en la semiclandestinidad.

No todas las fuerzas espirituales que actuaban en Europa estaban dispuestas a encuadrarse en uno de los tres bandos antagónicos, y así en todos los países aparecieron *espíritus libres* que a toda costa trataron de mantener un equilibrio que se hacia cada vez más precario y difícil. Se formaron pequeños núcleos que gravitaban por lo común alrededor de personalidades inspiradoras, siendo los más notables Hans Denk, Kaspar von Schwenkfeld, Sebastian Frank, Heinrich Niclaes, Sebastian Castellio, Menno Simons (de donde los menonistas) y los españoles Juan Luis Vives, Miguel de Servet y Juan de Valdés.

Algunos historiadores los llaman los *rebeldes* de la Reforma y los encuadran con los radicales del grupo anabaptista, pero otro más positiva y acertadamente los distinguen como los *espíritus libres*.

(Bainton) o los *reformadores espirituales* (Rufus Jones).

Tenían en común la creencia en la *revelación interior*, directa y personal (la palabra de Díos invisible), no consideraban la *Biblia* como fuente única y exclusiva de la revelación, que no termina con el último libro del Nuevo Testamento, creían en la posibilidad de la *salvación* fuera de las iglesias. Díos puede salvar de distinta manera a distinta gente, como también creía William Penn. Desarrollaron plena conciencia del problema social en su época, de la necesidad de enfrentarse a él para resolverlo. Su código de conducta, insoslayable y terminante, era el *Sermón del Monte*. Eran pacifistas absolutos, condenando toda violencia y participación en cualquier guerra. Desconfiaban de, pero respetaban, la organización y autoridad civil. No prestaban juramento ni llevaban armas. Creían en la libertad religiosa y la tolerancia, y desconfiaban de las iglesias o sectas cerradas y exclusivas.

Los reformadores espirituales eran a la vez místicos y prácticos. Místicos en su énfasis en la inspiración, la revelación, la experiencia directa, y prácticos al descubrir los campos de la ciencia y de la fe, del misterio y de la razón, de la comunidad de los elegidos y de la de los súbditos del Estado. Al espiritualizar la religión, desmantelando los dogmas, las ceremonias, el profesionalismo y las instituciones, dejaban de actuar como fuerza rebelde y revolucionaria temible. Pero sus convicciones y su conducta podrían ajustarse y hacerse compatibles con cualquier forma ya establecida de la vida religiosa auténtica.

Los pequeños núcleos que representaban esta fuerza habían logrado la síntesis de lo mejor y lo más puro de la tradición mística y ética cristiana con el sentido humano y activista del Renacimiento: en una palabra, de los elementos más vitales, más profundos y más renovadores del cristianismo. Fueron el fermento que iba a permitir, un siglo más adelante en Inglaterra, y gracias a una mayor libertad religiosa, la revitalización de los ideales de la Reforma y su evolución lógica y práctica, entre 1640 y 1660, se produjo la desintegración del puritanismo en feroces polémicas eclesiásticas y en innumerables sectas. Al apaciguararse la tormenta política y religiosa y volver con la Restauración (1660) las aguas a su cauce, era evidente que se había producido un profundo y radical cambio histórico, cuya trascendencia podemos apreciar mejor a distancia.

En este siglo, más concretamente en el decenio de 1647-57, nació y se desarrolló rápidamente la Sociedad de los Amigos. Pero no lo hizo súbitamente ni en el vacío. Ella fue el aglutinante para muchos que buscaban un hogar espiritual donde podrían satisfacer sus

necesidades espirituales y crecer en el Espíritu. Al principio no intentaban romper con la Iglesia establecida o con otros grupos a los que pertenecían. Sólo querían la *libertad* para seguir la llamada del Señor, *purificar* la Iglesia de lo superfluo y volver a las raíces: esto es, al mensaje simple y claro de Jesús.

Será pues útil, en este momento, trazar brevemente un esbozo del ambiente religioso en el que nació y se formó Jorge Fox, mayormente porque permitirá señalar la presencia religiosa hispana entre los grupos minoritarios y disidentes. Lo que particularmente nos importa subrayar ahora es que la experiencia cuáquera no es un fenómeno que se produce y desarrolla en un ambiente anglosajón cerrado, si no que responde a una aspiración universal a la que una modalidad de la espiritualidad hispana no es ajena.

El movimiento cuáquero resultó ser el único producto de la crisis religiosa de la mitad del siglo XVII, en Inglaterra, que ha sobrevivido. Surge entre los *Independientes*, esto es, lo que no están afiliados a ninguna de las tres iglesias o denominaciones que prevalecían, la *anglicana*, con su iglesia y sacerdote en cada pueblo, la *presbiteriana*, favorecida por el gobierno de Cromwell, que tendía a implantar una teocracia puritana, y la *bautista*, descendiente de los antiguos anabaptistas que habían renunciado a la violencia y era más o menos tolerada.

Entre los innumerables sectas y grupos que se llamaban *independientes*, parece que el mensaje espiritual de Jorge Fox y de los primeros ministros de la Verdad, como se llamaban, halló mayor eco y respuesta entre los dos grupos cuyas creencias y prácticas eran mucho más afines: los seguidores de Caspar Schwenckfeld (1489-1561), uno de los reformadores espirituales y de Heinrick Nielaes (1502-1570) fundador de la *Familia del Amor*, o secta de los *Familistas* como era conocida en Inglaterra.

Uno de los polemistas presbiterianos más conocidos de la época, que ataca con mayor virulencia a los grupos *independientes* fue Samuel Rutherford: *Las Ciento Diez Divinas Consideraciones*, hecha por Nicholas y Ferrar y publicadas en Oxford, 1638. No parece haber tenido mucha resonancia entonces, pero sí la segunda edición de Cambridge en 1646 -en el período de mayor tensión y cuando Jorge Fox estaba pasando la crisis espiritual preliminar al descubrimiento de su camino definitivo.

Rutherford, en una obra publicada en Londres en 1648, cita las *Consideraciones* de Valdés nada menos que siete veces, y aunque reconoce en ellas algunas meditaciones buenas y excelentes, acusa al autor de supersticioso, entusiasta y familista.

Dos años antes, el mismo año de la edición de Cambridge, Robert Bacon, un conocido familista, había publicado un *Catecismo* donde hace grandes elogios de Valdés, que provocó la ira de Rutherford.

Es sabido que las predicaciones de los primeros cuáqueros hallaron eco favorable en muchos familistas y así no es de extrañar que en la biblioteca de un viejo cuáquero inglés fuera hallado (a principios del siglo XIX) un ejemplar de la traducción de las *Consideraciones*. Con razón Benjamín Wiffen (1794-1867) y Rufus M. Jones consideran a Juan de Valdés como precursor de Jorge Fox. Como tampoco es sorprendente que unos años más tarde (1699) Jorge Keith, un tránsfuga del cuakerismo, en un libro polémico contra Guillermo Penn, acusa a los cuáqueros de seguidores de Miguel de Molinos (1628-1696), cuyo libro *La Guía Espiritual* (la primera edición inglesa es de 1688) tanto aprecian.

Pero volvamos a Jorge Fox y tratemos de analizar el proceso de su transformación espiritual y el origen de su mensaje. Es de suma importancia porque él mismo, en su *Diario*, como ningún otro lo pudiera hacer, sintetiza en un par de párrafos, que voy a traducir y comentar brevemente, el proceso de su evolución espiritual y sus consecuencias, terminando con el esbozo de las convicciones que había alcanzado y serán el meollo de su mensaje.

Jorge Fox nació en 1624 y su adolescencia y juventud coinciden con el período de intensa agitación religiosa y tensiones entre los distintos grupos cristianos que acabamos de describir.

Muchacho piadoso, quieto, notablemente introvertido e insatisfecho, con insaciable anhelo de perfección personal, para ser más libre en su búsqueda religiosa a los 19 años deja su hogar y su familia. Durante los cuatro siguientes años, solo, cargado de preocupaciones religiosas, con dudas y ansias de conocer, angustiado muchas veces por las dudas y la soledad, busca quien pueda ayudarle. Su único compañero es la *Biblia*, con la que llega a familiarizarse en un grado casi increíble. Fueron cuatro años de intensa formación y maduración intelectual, del carácter y del espíritu, mejor de la que le hubiera podido proporcionar una institución docente. Sus experiencias con graduados de las mejores universidades, Oxford y Cambridge, le hizo desconfiar de la enseñanza formal. En sus discusiones aprende a razonar y argüir, habilidad que usaría después con gran eficacia. También hace contacto con los diferentes modalidades y grupos que se profesan cristianos, encuentra a otros buscadores de la verdad que no están satisfechos espiritualmente y a gente sensible, abierta, esperando guía y orientación.

Hacia 1647 entra definitivamente en una etapa más positiva. Aunque oprimido todavía con dudas y tentaciones, experimenta períodos de apertura. En la noche oscura de su espíritu, destellos de luz ya se producen, hasta que pronto llega la gran revelación. Veamos como la describe con sus propias palabras a las que añado unas palabras de glosa:

“Lo mismo que había abandonado [con desengaño] a los sacerdotes [ministros de la Iglesia oficial], dejé también a los predicadores, a los que se habían separado [los independientes] y a los que se llamaban gente de más experiencia, porque vi que ninguno de ellos podía satisfacer mi necesidad.”*

“Y cuando toda mi esperanza (de ayuda) en ellos y en todos los hombres había desaparecido, al punto que no tenía nada externo que pudiera ayudarme ni decirme lo qué (debía) hacer,”

“Entonces, oh, entonces *oí una voz* que me decía:

Sin embargo, hay uno, Jesucristo, que puede responder a tu necesidad.

Al oirla mi corazón *saltó* de gozo.”

“Entonces el Señor me hizo ver por qué nadie en la tierra podía responder a mi necesidad. Era para que pudiera darle a El toda la gloria, pues todos están envueltos en el pecado y encerrados en la incredulidad como yo había estado, y para que Jesucristo tuviera toda la preeminencia: El que ilumina, da la gracia y la fortaleza. Así que, cuando Díos obra ¿quién lo va a impedir?”

“*Y esto lo conocí por experiencia.*”

“Se acrecentó, entonces, mi deseo del Señor y mi celo [ansia] para alcanzar solo el puro conocimiento de Díos y de Cristo, sin ayuda de ninguna persona, ni libro, ni escritorio. Si bien había leído las Escrituras que hablaban de Cristo y de Díos, con todo, no le conocí sino por revelación, como el que tenía la llave que abría, y abre, y como el Padre de Vida que me atraía hacia su Hijo por su Espíritu.”

* en el original en inglés ... “That could speak to my condition” o sea ‘que pudiera hablar a mi condición’. Se entiende aquí que se trata de la condición personal que Fox había adquirido en la firmeza de su búsqueda y en la consistencia y la congruencia de la vida cotidiana con los más profundos ideales y convicciones en el orden de lo moral y lo específicamente religioso. No se trata pues sólo de *una* necesidad espiritual sino más bien de una condición alcanzada en su búsqueda del espíritu. La traducción de Domingo Ricart del término “condition” del inglés es más amplio por lo que sucedía en la vida de Jorge Fox. Ver en el original en inglés pág. 11 del Journal of George Fox en la versión editada por John L. Nickalls y publicada en Londres en 1975 por el London Yearly Meeting of the Religious Society of Friends. Nota del Editor.

“Y entonces el Señor me condujo como de la mano y me permitió ver su amor, sin límites y eterno, y que sobrepasa todo el conocimiento que tienen los hombres en su estado natural, o pueden obtener por la historia o los libros.

Y aquel amor me permitió verme a mí mismo como yo era sin El...”
(Diario, 164)

He creído necesario dar íntegra la descripción que Jorge Fox nos da en su *Diario* de la experiencia mística más trascendental de su vida. Con sus palabras podemos seguir en detalle las distintas etapas de esta trascendental experiencia que concluye su período de preparación espiritual, y va a caracterizar su ministerio y a la *Sociedad de los Hijos de la Luz, o de los Amigos*, como la llamamos ahora.

Estas etapas en la experiencia de Jorge Fox coinciden con los peldaños de la escalera simbólica tradicional que se hallan en los tratados y estudios sistemáticos sobre la mística como fenómeno religioso universal.

Es esta una palabra que se hecho sospechosa, porque es una de las usadas con más frecuencia y a la ligera, y a la que se dan significados ajenos a lo que es básicamente. Misticismo es el elemento más vital de todas las verdaderas religiones. Representa la tendencia innata del alma humana que busca trascender (alcanzar más allá de) la razón y lograr así la experiencia directa de Dios. Nace de la convicción de que es posible al alma unirse a la Realidad última, sin confundirse, ni aniquilarse, cuando Dios cesa de ser un objeto y se convierte en *experiencia*.

Sólo se puede comprender esta experiencia si se acepta,

- a) que el alma puede trascender las barreras de la materia y percibir la Luz inmutable,
- b) que para que el hombre llegue a conocerla, ha de participar en cierto modo de la naturaleza divina (lo de Dios en cada hombre, la semilla, la imagen y semejanza, la Luz Interior de los Amigos, etc.),
- c) que para alcanzar esta experiencia y conocimiento, uno ha de abrirse, purificarse, negándose a sí mismo, y
- d) que la guía y el resultado de este ascenso es el *amor* (Ramón Lull, *El Amigo y el Amado*).

Básicamente, lo esencial de la *experiencia* mística es la conciencia, la convicción del contacto directo, personal, íntimo, sin intermediarios, con el Eterno. Es la misma en todos, pero afecta a unos, a los introvertidos de carácter, de una forma, y a los extrovertidos, de otra. Se expresa de muchas maneras que reflejan no sólo el temperamento individual, sino su nivel de educación, la cultura en que se vive y la religión en que uno se ha formado. Puede traducirse en

ensimismamiento, quietud y alejamiento en unos, en exuberancia y fenómenos carismáticos que no son esenciales, en otros, o en actividad casi frenética de proselitismo, predicación, organización y servicio. Sería fácil dar nombres, bien conocidos, de grandes místicos que encajan en cada una de estas modalidades, pero en aras a la brevedad es preciso seguir adelante.

En la experiencia de Jorge Fox hallamos descritas las clásicas etapas en una forma original que merece ser notada.

La preliminar —que es la purificación espiritual— dura en Fox unos cuatro años, caracterizada por la inquietud, la desorientación y la búsqueda de una senda satisfactoria; por las dudas, las tentaciones, la soledad y la sequedad espiritual.

Paulatinamente Fox va entrando en una fase más positiva, que él llama ablandamiento, apertura. El espíritu se hace más tierno, más sensible, más receptivo.

Luego cesa la resistencia del yo, y el espíritu *abierto* recibe señales alentadoras, destellos fugaces de la Luz. Pero antes de la experiencia definitiva, es preciso desengañarse del todo y admitir la impotencia e ineficacia de los esfuerzos personales y entregarse totalmente. Sólo entonces puede oírse la voz de Dios en el interior, que transforma, ilumina y aclara todas las incógnitas, inunda el alma en gozo irreprimible y la sumerge en su amor. Esta etapa de la experiencia mística la describe Isaac Pennington con un entusiasmo emocionante. La experiencia es tan fuerte y dominante que impele a los que la han tenido a tratar de compartirla con otros: de palabra, por escrito, en acción. Algunos de los grandes místicos de la Cristiandad han sido hombres de acción, fundadores, organizadores, misioneros, por ejemplo, Bernardo de Claraval, Francisco de Asís, Raimundo Lulio, Teresa de Ávila, etc.

Recordemos que Jorge Fox, antes de describir los efectos de su revelación dice rotundamente: "Y esto lo conocí por experiencia." Dios, para él, había dejado de ser un concepto y convertido en una *experiencia*.

Esto lo había repetido muchas veces nuestro Juan de Valdés, a principios del siglo anterior, en su libro de *Divinas Consideraciones*, donde escribe "sobre los que conocen a Dios por relación de hombres y los que lo conocen por el Espíritu Santo. El cristiano ha de estudiar su propio libro, al que la Sagrada Escritura sirve de comentario. Los que caminan por el camino cristiano sin la luz interior del Espíritu Santo son semejantes a los que caminan de noche sin la luz del sol. Importa conocer a Dios no por ciencia sino por experiencia."

La sustancia de la gran experiencia transformadora, personal, directa e inconfundible ha recibido varios nombres, por sus efectos: iluminación, despetar, conversión, nuevo nacimiento. Lo importante es que sea realmente un punto de partida.

Como es básicamente iluminadora y clarificadora, la designación más frecuente de los antiguos Amigos fue la Luz interior, la Luz de Cristo, bien distinta de la luz natural de la inteligencia. Hijos de la Luz fue el primer nombre que se dieron (1648). El sobrenombre de cuáqueros vino después.*

De la experiencia sacaron tres convicciones fundamentales. La primera es que la experiencia ha de ser individual, personal, directa e intransferible.

“Cristo dijo esto. Los Apóstoles dijeron esto otro.
¿Qué dices tú?”

“¿Eres tú hijo de la Luz? ¿Anduviste en la Luz? ¿Lo que hablas, viene de (la Luz) Dios?”**

“No basta escuchar lo que dicen de Cristo, o leer sobre Cristo. Lo importante es sentirlo como mi raíz, mi vida, mi fundamento” (Pennington).

La segunda se refiere a la universidad de la luz interior, de la semilla divina que está en todos. El exquisito Isaac Pennington lo explica así:

“profundiza, hasta la semilla que Dios planta en tu corazón o lo de Dios en cada hombre.”

“Esta simiente en el corazón de todos los hombres es el reino de Dios,” (metáfora que bellamente desarrolla Robert Barclay).

Dijo Robert Barclay:

“El Señor me ha hecho comprender, con su poder invisible, cómo *todos los hombres* son alumbrados por la luz divina de Cristo, y la vi brillar en todos!” “Los que creen en ella y son conscientes de ella son salvados, vienen a la luz de vida y llegan a ser *Hijos de la Luz*.” “Esto lo ví sin la ayuda de hombre alguno, directamente, pues entonces nunca pude hallarlo en las Escrituras, pero lo ví en aquella *Luz y Espíritu* que es anterior a las Escrituras.”

* En español y para la cultura de los latinoamericanos es preferible no usar el término de “cuáqueros” que suscita mucha confusión y que poco se conoce entre los cristianos de habla hispana de este continente y en donde desde el siglo pasado se les conoce como *Amigos* más que por el mote de cuáquero como se entiende en la lengua y tradición anglosajona. Nota del editor.

** Ambas citas son del Diario de Jorge Fox.

William Penn, en sus consejos, dice:

"Las almas humildes, mansas, misericordiosas, justas, piadosas y devotas están en todas partes, sea cual sea la religión de cada uno; cuando la muerte les haya quitado la máscara, se conocerán unos a otros, aunque las diferentes librea que visten aquí les hacen extranjeros."

Issac Pennington expresa la misma idea de tolerancia y respeto mutuo así:

"A los que se mantengan unidos a Dios, el Señor les conducirá más aprisa, pues El vela por ellos y conoce qué luz y qué prácticas les convienen más. ¡Oh! cuán dulce y agradable es a los ojos del hombre verdadero espiritual ver a varias clases de creyentes, varias denominaciones de cristianos en la escuela de Cristo, aprendiendo cada cual su lección especial, ejecutando su servicio peculiar, conociéndose, respetándose y amándose unos a otros en sus respectivas posiciones y actitudes . . .

La característica del gobierno de la verdadera Iglesia es dejar a las conciencias en su plena libertad ante el Señor, dejar simple y enteramente a El que las gobiernen, y buscar la unidad en la luz y en el Espíritu, andando dulce y armónicamente juntos, aún cuando las prácticas externas sean distintas."

La tercera es la firme convicción de que una religión que no es vivida ni trasladada en acción, poco vale. Jorge Fox lo demostró ampliamente en su vida: recorrió el país llevando su mensaje, defendió sus convicciones ante los ministros, pastores y maestros, ante los jueces y los carceleros en sus siete encierros, lo llevó al continente europeo y, cruzando el Atlántico, al Continente Americano y las Antillas; creó y fue perfeccionando una organización religiosa que ha sobrevivido más de 300 años sin modificaciones fundamentales. He aquí cómo formula su concepto de misión o apostolado o servicio, en carta escrita precisamente desde la cárcel:

"Esta es la palabra del Señor Dios a todos vosotros, y un encargo a todos vosotros en la presencia del Dios viviente: sed modelos, sed ejemplos en todos los países, lugares, islas y naciones, dondequieras que vayáis. Que vuestro comportamiento y vida prediquen entre toda clase de gente y a ellos. Entonces llegaréis a andar alegremente por el mundo, respondiendo a lo de Dios en cada uno, con

la cual podáis ser una bendición para ellos y hacer que el testimonio de Dios en ellos os bendiga."

El querer ver cierta discordancia entre el mensaje religioso de Fox y las preocupaciones y el activismo social de los Amigos contemporáneos, no es justo. Creer que la preocupación social entre los Amigos se desarrolló más tarde, en los siglos XVIII y XX, es un error.

El mensaje, particularmente la *predicación de Jorge Fox y sus acciones*, están cargadas de implicaciones socio-políticas que sus contemporáneos vieron muy bien. Fué encarcelado repetidamente porque le consideraron subversivo y peligroso. Sacudía rigurosamente lo que hoy llamamos el "establishment". En el campo religioso le acusaban de hereje y desobediente de las leyes divinas y humanas. Descreditaba no sólo a la iglesia oficial, sino a las otras denominaciones. Atacaba, a veces muy duramente, a sus ministros por su enseñanza, en sus vidas y en sus finanzas. Era conocida su oposición al pago obligatorio de los diezmos.

En el campo social y político no era menos peligroso. Su sentido de igualdad absoluta minaba la estructura de clases: la nobleza (la pequeña nobleza rural le era particularmente hostil), atacaba el sistema judicial, que conocía tan bien por experiencia, al que acusaba de injusto, corrupto y brutal, particularmente en las cárceles y en los castigos. El *tuteo* y el testimonio del sombrero eran simplemente formas inocuas y no violentas de expresar su repudiación del *status quo*, y su convicción de igualdad.

En el aspecto positivo, el genio organizador de Jorge Fox creó una Sociedad esencialmente democrática, de consenso, que pudo garantizar la libertad y la igualdad individual, insistiendo en la obediencia a la interior, porque como dice William Penn "libertad sin obediencia es confusión y obediencia sin libertad es esclavitud"; y así evitar el anarquismo desintegrador. El hecho de haber sobrevivido más de tres siglos y haber podido ajustarse a las necesidades actuales prueba la validez del sistema.

Podemos ver en la creación muy temprana de la *Junta para los que sufren* (1675), en la Asamblea Anual de Londres, la expresión del sentido de responsabilidad social de los miembros y de la organización. Ha sido el germen del que han salido, a través de los años, los comités y juntas que han tratado de ayudar en la solución de los conflictos y a las víctimas de la violencia.

El sentido profundo de responsabilidad social en la Sociedad Religiosa de los Amigos no es pues producto de la evolución de la misma y de su adaptación a las necesidades de la época, sino es

el desarrollo normal y saludable del germen contenido en la experiencia espiritual del culto de expectación y dócil obediencia a la inspiración divina. "Es la flor, no la raíz."

Es indudable que en vida de Jorge Fox se plasmó el *pensamiento* central y el tipo de *organización* que han caracterizado básicamente a la Sociedad Religiosa de los Amigos. Pero por fortuna la Sociedad de los Amigos nunca cayó en el culto a una personalidad, lo que podría conducir al caudillismo. Desde el principio, el sentido de *comunidad de experiencia* en la que cada miembro es importante y diferente, con aportación y énfasis distinto, sirve para enriquecer la experiencia colectiva. Por eso se ha podido llegar a una síntesis armónica entre las tendencias distintas: evangélicas, místicas y sociales, que todas coexisten, porque la Voz de Dios en cada uno responde a su condición personal, temperamental y social. Convivencia, respecto mutuo y colaboración han sido la norma seguida.

Sólo voy a mencionar, citando brevemente sus ideas, a dos de los más íntimos colaboradores de Fox, sobre este tema, porque su prestigio e influencia sobrepasó los límites de la Sociedad de los Amigos. En apariencia son completamente distintos, casi diríamos opuestos, pero con todo, coinciden extraordinariamente en su pensamiento. Me refiero a Guillermo Penn (1644-1718) y a Roberto Barclay (1648-1690), de los cuales ya he dado muestras de su pensamiento. Como dice Isabel Gray Vining, Penn podría pasar por el tipo ideal de cuáquero extrovertido, un perfecto activista. Su *Santo Experimento* en Pensilvania fue un ensayo de aplicación práctica de los principios de la ética cristiana en una situación política concreta. Hombre de Estado, con una visión internacional, hombre de mundo que igual podía comunicar con el Rey, la nobleza y el pueblo; profundamente humano, con sensibilidad y ternura hacia los indios y los pobres, era básicamente místico-práctico, amante del silencio, sensible y receptivo de la Luz divina. Entre sus numerosas obras quiero mencionar aquí sólo las que hacen al caso: *Sin Cruz No Hay Corona*, que por generaciones ha sido considerada una obra clásica de edificación religiosa, impregnada de sentido místico, y un librito de aforismos dedicado a sus hijos: *Algunos Frutos de la Soledad*.

Séame permitido citar sólo unos pocos pensamientos suyos sobre la base espiritual de su vida.

"Oh, cuántos profesan su fe en Dios y en Cristo, de acuerdo con sus conocimientos históricos, pero nunca llegan al conocimiento místico y experimental de El."

“La santidad verdadera no aleja del mundo a los hombres, pero les capacita para vivir mejor en él y dirige sus esfuerzos a mejorararlo.”

“Se necesita el retiro, el recogimiento de expectación ante Dios para poder salir con más fuerza en el espíritu y así entrar de nuevo en los asuntos del mundo.”

“No corras por tu propia voluntad, espera su palabra de mando.”

Roberto Barclay tenía un temperamento muy distinto. Más bien retraído y tímido, como se refleja en la deliciosa y tierna carta en la que se declara a su futura esposa. Fue hombre de estudio, profundo teólogo, pero también testigo del mensaje cristiano como lo comprendían los cuáqueros en Escocia, Inglaterra, Holanda y Alemania, aunque usó mayormente la pluma para su ministerio.

Su libro más importante es su defensa de las convicciones y prácticas de los Amigos, *Apología de la Verdadera Religión Cristiana*, escrita primero en latín y publicada en Amsterdam en 1676, luego en inglés y cinco otras lenguas europeas, entre ellas el español, en 1710, traducida por Félix Antonio de Alvarado, de Sevilla.*

No sólo ha sido, desde el principio, la obra teológica clásica de los Amigos, sino que los eruditos contemporáneos la consideran como una obra maestra de exposición doctrinal. La edición moderna (y modernizada en la lengua justo lo necesario por Dean Freiday (1967) está prestando un gran servicio, porque apareció en el momento oportuna. No hay duda de que se está produciendo un movimiento de vuelta hacia las raíces espirituales del cuakerismo por un lado y también que la exposición lógica y sistemática de las convicciones de los Amigos atrae a la mentalidad latina.

Con referencia a nuestro tema central, es preciso llamar la atención a las dos últimas *Proposiciones* o Tesis, de la *Apología*, la XIV, sobre la conciencia individual, frente al estado en lo referente a religión y moral, y el papel del grupo religioso para contrarrestar los peligros de la anarquía espiritual, tema que desarrolla más extensamente en un tratado especial.

Rufus Jones lo llama mística de grupo:

“El grupo ideal (la Junta mensual) es aquel en que cada miembro es palpitanamente sensible a la Vida divina (Yo soy el camino, la verdad y la vida), y al mismo tiempo en el que todos los miembros se funden hasta formar un cuerpo unificado que levanta y acrecienta la capacidad espiritual de cada uno.”

* Para la edición hecha en Londres.

La Proposición XVI y última de la Apología trata en apariencia sólo de algunas trivialidades del comportamiento de los Amigos, p.e.: no quitarse el sombrero, el tuteo, no usar títulos ni reconocer honores, etc.; pero es obvio que su motivación es más profunda. El anhelo *perfeccionista* que caracterizaba a los Amigos (Prop. XVIII es titulada "Perfección o madurez espiritual") se expresa también en el respeto a ultranza por la verdad y sinceridad (oposición a los juramentos) y a la sencillez en la vida y costumbres.

La última proposición trata someramente de la guerra, de la violencia y de la venganza. Sobre este conocido testimonio de los Amigos no se extiende demasiado porque escribió extensamente sobre ello en su tratadito del *Amor Universal*.

Sólo de paso quiero mencionar a Juan Bellers (1654-1725), amigo de Penn, que desgraciadamente es poco conocido de los Amigos contemporáneos. De él escribió Karl Marx que era "un verdadero fenómeno en la historia de la economía política". Es más moderno y universal en sus intereses que la mayoría de sus contemporáneos. Escribió ensayos sobre la educación, el sistema económico; fué campeón de los pobres y del cooperativismo, propuso una organización internacional para Europa y el acuerdo ecuménico entre las iglesias.

Hay que poner término a esta exposición que va haciéndose excesivamente larga aunque sea sólo sumaria. Quiero concluir con el testimonio de la figura pionera en la preocupación social de los Amigos modernos, por su enfoque de los problemas concretos, su indomable voluntad y su método de entrega y dedicación personal. Me refiero, naturalmente, a John Woolman (1720-1772), el primer gran cuáquero americano. Vivió en el siglo de Voltaire (1694-1778), de la Ilustración, de la guerra de independencia de Norteamérica (1775-6) y de la Revolución Francesa (1789-99). En cierto modo es la antítesis de todo eso y, con todo, representa el fin de una etapa del cuaquerismo y el inicio de la presente. Con sus raíces en la experiencia y tradición de los Amigos primitivos, es a la par, el más moderno y el primero de los grandes activistas. Dice muy acertadamente Fred Tolles, en su breve y excelente introducción al *Diario de John Woolman* (ed. 1951):

"A su manera, tranquila y sosegada, Woolman había sido el más tranquilo radical en la historia. Fraguó de nuevo los testimonios tradicionales de los Amigos (de igualdad, sencillez y paz) en las aguas del amor, y de nuevo los convirtió en instrumentos eficaces de revolución social."

Su tema recurrente es el *amor*: un amor con base espiritual, que emerge de su constante experiencia religiosa, un amor divino a sus hermanos, un amor universal. Como Francisco de Asís, por el amor se identificó con toda criatura de Dios, con la familia humana y aún con los animales explotados.

Muy joven (a los 23 años), ya fue registrado oficialmente como mimistro por su Junta Mensual y desde entonces se sintió *movido interiormente* a ejercer el *ministerio* itinerante de la palabra —a un ritmo y con dedicación creciente, por todas las juntas mensuales trimestrales y anuales de la costa del Atlántico. En su *Diario*, impresionante autobiografía espiritual, con cándida objetividad refiere sus experiencias religiosas, sus viajes emprendidos bajo compulsión interna (*concern*), sus observaciones y sus actividades para convencer a los Amigos de la actitud que debían tomar. Sobre seguir la *Voz de Dios* *día a día*:

He sido instruído, más y más, sobre la necesidad de depender, no de la llamada (*concern*) que sentí en América de venir a visitar Inglaterra, sino de la nueva *instrucción de Cristo*, el principio de paz, día por día." (*Diario*, en su última enfermedad).

No era un trabajador social en el sentido moderno de la palabra. Más bien era un *despertador* y *agitador* de las conciencias, individuales y de la Sociedad de los Amigos. De salud precaria —el *Diario* indica cómo de paso (sin darle importancia) sus quebrantos y las tensiones que tenía que sufrir en sus viajes, sin contar las incomodidades físicas que representaban en aquella época.

Juan Woolman, como lo demuestra su éxito en los negocios (a los que renunció cuando se dio cuenta que podían ser un obstáculo a la misión a la que se sentía llamado), tenía una gran habilidad administrativa. Era atractivo y además convincente en su trato personal y sincero en sus convicciones. Decía y practicaba personalmente lo que su conciencia le dictaba, por ejemplo, cuando adoptó una manera de vestir absolutamente sencilla, sin superfluidades y todo natural (nada *teñido*, porque los tintes ensuciaban el agua, cubrían la suciedad personal y eran demostración de afluencia y de lujo). Escribe en su *Diario*:

Los tintes ensucian el suelo y eso ha producido en mi mente un deseo de que la gente alcance la limpieza de espíritu limpieza de su persona y limpieza de sus casas y vestidos... La verdadera limpieza sienta bien a los santos... Me procuré un sombrero del color [natural] de la piel [sin teñir].

Antes de denunciar —de palabra o por escrito— una injusticia, o una desviación de los niveles (*standards*) que el Evangelio traza, y los Amigos debían seguir, empezaba por observarlas de primera mano, luego las sometía humildemente al escrutinio de su conciencia, en el culto en *silencio*, y cuando estaba seguro y se sentía movido por el Espíritu, hablaba y escribía sin temor y con fuerza. Por ejemplo, en el problema de la esclavitud: se enfrentó con él de primera mano a los 23 años, cuando un Amigo le pidió que redactara un documento de compra de un esclavo. Lo experimentó de cerca en sus viajes de 1746 y 1757, trabajando en la persuasión de los Amigos, *individualmente*, y en los grupos o Juntas locales, hasta que en 1758, en la *Asamblea Anual de Filadelfia* dió un mensaje conmovedor que sacudió la conciencia de la Sociedad en pleno.

El alcance de sus preocupaciones nos parece hoy casi ilimitado, porque su alma sensibilizada podía captar la injusticia y la opresión donde los demás las aceptaban sin darse cuenta. Además del problema de la esclavitud, vió claramente la situación de los *Indios* (Americanos nativos, que decimos hoy), la falta de oportunidades para su educación, y vivió con ellos para comprender sus creencias, valores y su vida. Criticó la falta de sencillez de muchos en la forma de vivir (casas y vestidos), el abuso del gobierno y la poca responsabilidad cívica de los Amigos, la explotación de los trabajadores (del campo y los marinos) y la de los animales, etc.

Su librito, *Un alegato en favor de los pobres*,* es un llamado vigoroso y apasionado contra las injusticias sociales y en favor de la responsabilidad social de cada uno en su vida y costumbres. Y permitanme que concluya aquí.

Es un hecho innegable, que hay que lamentar, que entre los Amigos actuales se haya creado como una *dicotomía* y una *polarización*, sobre dónde debe radicar el énfasis en nuestra vida personal y colectiva: *culto* (adoración) o *trabajo*; *piedad personal* o *preocupación social*; *cielo* (aspiración) *futuro* o *tierra* (realidad) *presente*; *raíz* (vida interior) o *fruto* (exterior).

Los grandes líderes cuáqueros no han aceptado esta dicotomía. La experiencia cristiana es total, integrada. Como escribe Barclay: "La verdadera piedad no aleja del mundo a los hombres, sino que los capacita para vivir mejor en él y estimular sus esfuerzos para corregirlo, para hacerlo mejor."

En conciencia, no podemos desentendernos de los problemas de nuestra sociedad: son nuestros hermanos los que sufren. Y está en

* A Plea for the Poor, que puede también traducirse por Una demanda en favor de los Pobres. Nota del Editor.

nuestro poder hacer algo, o mucho. No podemos cerrar los ojos, pretender no conocerlos.

Tampoco debemos gastar nuestras energías sin plan, ni buscar paliativos que no resuelven los problemas ni atacan las causas. No podemos aceptar soluciones o tácticas reñidas con nuestras sinceras convicciones religiosas y pacíficas, y con nuestra *experiencia* (como Amigos) de más de 300 años; pues las tácticas violentas son contraproducentes.

Hay que explotar y practicar todos los métodos no violentos para conquistar la injusticia. Vencer el mal con el bien. ¿Por qué, después de dos milenios, el cristianismo y las enseñanzas de Jesús, no han tenido más éxito? Porque las Iglesias han definido los dogmas de fe, pero no se ha visto, ni se ha aplicado consistentemente, el dinamismo inmenso de la fe, de la convicción y de la experiencia personal. Se ha confiado en la violencia para solucionar los conflictos y muy poco en el amor, como dice un teólogo católico (Haring):

“Por vergüenza hemos permitido contraponer el Evangelio social al individual. Por un lado necesitamos la experiencia personal de la iluminación (o como dicen otros, de la conversión o salvación); por el otro necesitamos demostrar la verdad del Evangelio en nuestras relaciones sociales, de negocios, laborales, políticas y familiares.”

Permitanme terminar con dos bellas estrofas del poeta cuáquero John G. Whittier que he tratado de traducir:

Sólo en la concentración silenciosa,
en un ambiente de calma y espera,
luz y sabiduría, como del cielo,
al buscador llegó.

Tal respuesta interior no lleva
al descanso o quietud sin meta,
sino a obras de amor y de deber
como fin de nuestro ser.

(John Greenleaf Whittier)
(1807-1892)

Y otras dos, no menos bellas, del bien conocido publicista y poeta mexicano, Gonzalo Baéz-Camargo:

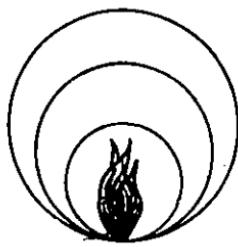
La vida es tan corta,
y tanto hay que servir y ayudar
que no tengo tiempo
sino para amar.

Ya no quiero riqueza, ni gloria, ni fama,
ni poder para mí:
sólo quiero el gozo
de *amar y ayudar y servir*.

Domingo Ricart

Junta Mensual de Boulder (Colorado)





Colección Heberto M. Sein 4
Asociación de amigos de los Amigos
C O A L
Casa de los Amigos, A.C.